

Santiago de Chile, a 9 de enero de 2015

“EL DESARROLLO HUMANO SUSTENTABLE COMO EXPRESIÓN CONTEMPORANEA DEL HUMANISMO CRISTIANO” PALABRAS DE FELIPE CALDERÓN HINOJOSA, EXPRESIDENTE DE MÉXICO

Amigas y amigos:

Es para mí muy emotivo estar nuevamente en este maravillosos recinto en el que hace poco más de 17 años nos reunimos con mucha alegría y con gran entusiasmo a conmemorar el 50 aniversario de la Organización Demócrata Cristiana de América. Fue aquel un gran evento cuyo recuerdo me llena nuevamente de emoción.

Por eso agradezco muy sinceramente la invitación que me han hecho para participar en este *III Encuentro Internacional Oswaldo Payá: Reflexiones Sobre La Vigencia Del Pensamiento Humanista Cristiano*. Sin lugar a dudas, la lucha que iniciara Oswaldo Payá por las libertades políticas en su país ha sido fuente de inspiración para muchos no sólo en su natal Cuba sino en toda América Latina. Recuerdo también con mucha emoción la campaña que lanzara Payá en 1998, el Proyecto Varela con el ambicioso objetivo de recolectar 10 mil firmas para presentar al gobierno una solicitud de referéndum nacional para modificar la legislación e incluir las libertades políticas fundamentales y la celebración de elecciones libres en la Isla. Con mucho entusiasmo apoyamos aquella histórica campaña que para el 10 de mayo de 2002 finalmente logró que se pudieran presentar al gobierno más de 11 mil firmas. Y en ese mismo 2002, se inició entre un grupo de diputados de mi partido, el Partido Acción Nacional, una campaña para promover la candidatura de Oswaldo Payá al Nobel de la Paz para la que se consiguió además el apoyo de legisladores de Argentina, Chile y Uruguay. Por eso, celebro que con este encuentro se rinda, una vez más, un homenaje solidario a la lucha de él y de muchos otros cubanos por hacer valer los más elementales principios de justicia, libertad y dignidad.

Y regresando nuevamente en el tiempo a aquel 1997, cuando celebrábamos el 50 aniversario de la ODCA, recuerdo con claridad que tuve la oportunidad de escuchar a Don Patricio Aylwin hablar muy elocuentemente de una concepción del desarrollo que iba más allá de lo meramente económico para incorporar lo humano en su integridad y lo sustentable.

En su concepción, Don Patricio hablaba de las diversas dimensiones del desarrollo humano, entre otras; **la dimensión política**, “que consiste en la estabilidad y la eficiencia de las instituciones democráticas y el respeto y vigencia de los derechos humanos”; **la dimensión económica**, “que se realiza por la disponibilidad de bienes y servicios para satisfacer las necesidades humanas”; **la dimensión social**, “que se manifiesta en la equidad con la que beneficia y en él participan los distintos sectores de la población en razón de sexo, edad, raza, origen, actividad y cualquier otro factor diferenciador”; **la dimensión ecológica**, “que se expresa en la protección del medio ambiente y la conservación y la renovación de los recursos naturales”.

Y quiero detenerme en este aspecto porque Aylwin abogaba por el cuidado que debemos tener de la naturaleza para que siga sirviendo a la humanidad y con esto completaba precisamente la visión del Desarrollo Humano Sustentable.

“La preocupación ecológica –decía él– es inherente al humanismo cristiano. La única manera racional de entender la enseñanza del Génesis en cuanto a que Dios puso la creación al servicio del hombre, es admitiendo que lo hizo para todos los hombres de todos los tiempos. Para que esa voluntad se cumpla es indispensable que cuidemos la naturaleza para que realmente pueda servir a la humanidad, evitando su contaminación y destrucción y asegurando su conservación para futuras generaciones.”

Sus palabras en aquel entonces me llevaron a la reflexión y a la convicción de que efectivamente, el Desarrollo Humano Sustentable es la expresión para el siglo XXI del humanismo cristiano; es, podríamos decir, el marco en el cual se proyecta una realidad actual hacia los mismos principios.

El Desarrollo Humano Sustentable es el proceso de aumento de las capacidades y la libertad de todas las personas para vivir dignamente sin comprometer el potencial de las generaciones futuras. Es el paso, para cada hombre y para todos los hombres, de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas.

Y esto no significa únicamente proporcionar bienes y servicios materiales a quienes padecen privaciones sino, sobre todo, ampliar sus capacidades humanas, para que se conviertan verdaderos agentes del cambio. Más aún, no se trata de garantizar esto solamente en el presente sino también de proteger los intereses de las generaciones futuras.

Y el deber de proteger a las generaciones futuras no puede pasar por alto las apremiantes necesidades de la población pobre de hoy. Por eso, la búsqueda de un desarrollo sustentable debe tener dentro de sus más altas prioridades la eliminación de la pobreza de la generación actual.

Y para garantizar que las generaciones futuras tengan la misma oportunidad de disfrutar de una vida plena tanto como las generaciones que les precedan es éticamente obligatoria la protección del medio ambiente. La tesis del destino universal de los bienes incluye no sólo a las personas de nuestro presente sino a las generaciones futuras.

El crecimiento económico debe darse dentro de los límites naturales de regeneración de los ecosistemas, evitando la sobreexplotación de los recursos naturales y la degradación y contaminación de aire, agua y suelo. Sin una base de capital natural no se puede generar un crecimiento económico de largo plazo, ni tampoco mejorar la calidad de la vida humana.

La humanidad es una donde cada persona presente y futura, debe poder cumplir su propio destino, a la vez temporal y trascendente. La dimensión vertical de la solidaridad implica corresponsabilidad entre generaciones. La humanidad se integra haciendo prójimo al antecesor, al contemporáneo y al sucesor.

Quiero compartir con ustedes que la primera vez que escuché acerca de la preocupación que debíamos tener respecto del cuidado de la naturaleza fue de voz de mi propio padre, Luis Calderón Vega. Recuerdo muy claramente que durante una convención política del Partido Acción Nacional pronunció un impactante discurso en el que citaba un documento, comisionado por el club de Roma, titulado *La Humanidad en el Punto de Quiebre, Segundo Reporte al Club de Roma*, y en él se afirmaba y cito que “dos brechas que se están abriendo sostenidamente parecen estar en el centro de las crisis presentes de la humanidad: la brecha entre el hombre y la naturaleza, y la brecha entre Norte y Sur, ricos y pobres. Ambas brechas deben reducirse si han de evitarse las catástrofes que amenazan con hacer añicos el mundo.”

Y les puedo decir, amigas y amigos, que hoy esas dos brechas, esos dos retos siguen ahí y constituyen una seria amenaza. Y si bien sabemos que pobreza y deterioro ambiental son ambos problemas medulares que deben ser atendidos, durante mucho tiempo ha imperado la creencia de que debemos elegir entre uno y otro. Durante mucho tiempo se ha pensado que debemos impulsar primero el crecimiento económico, la creación de empleos y la superación de la pobreza antes que proteger nuestro entorno. Y esto, señoras y señores, no es así.

Hoy más que nunca esas dos brechas de las que hablaba mi padre deben y pueden cerrarse simultáneamente. El creciente deterioro de nuestro medio ambiente y las consecuencias que este genera sobre el clima representan una carga cada vez mayor para nuestros países y además afectan más a quienes menos tienen. Por otra parte, la economía mundial está en una fase de estancamiento que hace indispensable la presencia de generadores que den un renovado impulso al crecimiento económico.

Recientemente, un reporte publicado por el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático reafirmó con clara evidencia científica que el cambio climático y el calentamiento global con el que está relacionado son una realidad innegable.

Se demostró también que el calentamiento global está altamente correlacionado con la emisión de gases de efecto invernadero que resultan de las actividades humanas. Como bien señaló el propio Aylwin “El desarrollo de la sociedad industrial se ha traducido en graves deterioros de la naturaleza y del medio ambiente humano.”

Durante el último siglo, las temperaturas tanto del mar como de la tierra han ido en aumento, y con ellas el nivel del mar. Las últimas tres décadas han sido, una tras otra, las más calientes de la historia, particularmente en el hemisferio norte. La Agencia Meteorológica de Japón confirmó recientemente que 2014 fue el año más caliente de que se tenga registro. El cambio climático está ocurriendo y representa una creciente amenaza para la humanidad y para nuestro entorno. Ésta por sí sola es una realidad que como humanistas cristianos debe estar en nuestras primeras consideraciones.

Alrededor del mundo estamos viendo cómo las personas y las economías sufren por eventos climáticos cada vez más intensos y frecuentes: huracanes, en algunas regiones y al mismo tiempo las peores sequías de la historia o los inviernos más fríos en otras. Todos estos fenómenos tienen crecientes costos humanos y económicos, y más allá de la discusión sobre si son consecuencia directa del cambio climático, son eventos que veremos cada vez con mayor frecuencia si no actuamos hoy. Por poner sólo un ejemplo, según estudios recientes, la onda de calor que afectó a Texas en 2011, costando 5 mil millones de dólares, tiene una probabilidad 20 veces mayor hoy de la que tenía en los años sesenta.

La ciencia, estimadas y estimados amigos, ha emitido ya su veredicto: el cambio climático es real y representa una creciente amenaza para la humanidad.

Ante evidencia tan clara, la solución parece obvia: hay que reducir las emisiones globales de gases de efecto invernadero. Pero si esta solución es tan clara, ¿por qué no hemos actuado? ¿por qué no hemos reaccionado? ¿por qué los gobiernos y las empresas han hecho tan poco para enmendar esta situación?

Como lo dije antes, parte del problema es que muchos creen que actuar para reducir las emisiones de carbono representa un freno al crecimiento económico y al bienestar de las personas, de las familias, y de los países. Se cree, erróneamente, que es necesario elegir entre el crecimiento económico y la mitigación del riesgo climático.

Y este falso dilema resulta aún más pernicioso en momentos como los actuales en los que muchos países continúan recuperándose de lo que fue la peor crisis económica en casi un siglo. En estos momentos muchos líderes en el mundo, con justa razón, están enfocados en reactivar las economías y reducir la desigualdad. La pregunta que muchos legítimamente se hacen es: cuánto esfuerzo se puede y se debe comprometer para reducir la contaminación.

Por ello, el mandato con el cuál se estableció la Comisión Global para la Economía el Clima fue el de responder a la siguiente interrogante: ¿es posible estimular nuestras economías al mismo tiempo que reducimos los riesgos del cambio climático?

Con objeto de encontrar una respuesta, a lo largo de más de un año, la Comisión reunió a los expertos más brillantes en la materia para realizar uno de los análisis más amplios, profundos e independientes jamás realizados sobre este tema. Casi 100 instituciones y miles de personas contribuyeron con su trabajo, pasión y conocimiento a dar respuesta a ese enigma. Hoy puedo afirmar, sin lugar a dudas, que en efecto sí es posible alcanzar mayores tasas de crecimiento económico a la vez que luchamos contra el cambio climático.

Sí, sí es posible crear empleos y reducir la pobreza mientras reducimos las emisiones de gases de efecto invernadero que amenazan nuestro futuro.

Sí es posible lograr, simultáneamente, un mejor crecimiento y un mejor clima.

Sí, todo esto es posible, pero para ello debemos realizar cambios fundamentales y tomar las decisiones correctas.

Sí, sí es posible pero debemos actuar decididamente, de la mano, todos los miembros de la sociedad, cada quien desde su ámbito de responsabilidad.

El reporte “Mejor Economía, Mejor Clima” nos brinda un claro mapa de acción y propone que nos enfoquemos en tres sistemas cardinales: la energía, las ciudades y el uso de la tierra.

Respecto al **primer sistema**, el de la energía, el reporte estima que para 2030 la demanda mundial de energía podría crecer en más de 30 por ciento. Entendemos que este crecimiento en la demanda refleja mejorías en la calidad de vida de millones de familias, millones de personas saliendo de la pobreza, y desde luego nadie quiere que ese proceso se detenga. Por eso, el reporte NO propone desvincular el desarrollo del consumo de energía; lo que propone es desvincular el crecimiento económico de la emisión de gases de efecto invernadero, cambiando las formas de producir y consumir la energía. La buena noticia es que estas decisiones, no sólo son buenas para nuestro entorno natural, sino que además generan importantes oportunidades de ahorro y de negocio.

Por una parte, podemos producir la energía que consumimos de una manera más inteligente y hasta más barata. Con el avance de las tecnologías renovables, el precio de la energía solar ha disminuido drásticamente durante la última década. Ahora, vemos que inclusive en lugares como Texas, donde el gas natural es abundante y barato, proyectos solares compiten, y ganan licitaciones al ser más baratos que cualquier otra tecnología disponible. Aquí mismo en Chile, la nueva planta solar de SunEdison, la más grande en América Latina, aprovecha ya la energía del desierto de Atacama para producir alrededor de 270 Gigawatts hora al año, equivalente a la energía consumida en 125 mil hogares. Esta planta alimenta de energía barata a un complejo industrial minero, mejorando su competitividad y sustentabilidad. En todo el mundo, estas inversiones crean oportunidades de empleo bien remunerado. Hoy resulta muy alentador ver que incluso en Estados Unidos ya hay más gente empleada en la industria solar que en la extracción de carbón.

Pero también es importante cambiar la forma en que consumimos la energía, aun si ésta viene de fuentes limpias. Alrededor del mundo hay ya cientos de casos que nos muestran cómo podemos lograr esto. Por mencionar sólo un ejemplo, reconociendo que la tecnología ha avanzado, que los refrigeradores modernos gastan menos energía, durante mi gobierno subsidiamos a las familias mexicanas, particularmente a las más pobres, para sustituir 2 millones de electrodomésticos (refrigeradores y aparatos de aire acondicionado) y 47 millones de focos incandescentes por lámparas ahorradoras. Estos programas generaron ahorros para las familias, que ahora pagan menos por su consumo de electricidad, y al mismo tiempo economizaron recursos al Estado que redujo el monto de los subsidios por esa energía, sin menoscabo de la importante reducción en la emisión de gases de efecto invernadero que ello implicó.

En cuanto al **segundo sistema** sobre el que debemos actuar, las ciudades, el reporte estima que para 2030, mil millones de personas más vivirán en zonas urbanas. Para darnos una idea de la dimensión de este fenómeno, es como si durante los próximos quince años, cada cien días se construyera una ciudad que pudiera alojar a toda la población actual de Chile. O, dicho de otra forma, es como construir cada 40 días una ciudad con la población actual de la Región Metropolitana de Santiago.

Considerando estas tendencias, es evidente que no es viable mantener el modelo de ciudades extendidas con baja densidad y enfocadas en el transporte individual. Necesitamos otro modelo, con mayor proximidad entre las personas y más enfocado en el transporte público. Este tipo de ciudades no sólo tienen un menor impacto ambiental sino también propician un mejor crecimiento y una mejor calidad de vida. Este cambio de modelo va a requerir políticas públicas claras e inversión en transporte público, pero también generará ahorros al requerir una red más compacta de infraestructura.

Finalmente, en cuanto al uso de la tierra, el **tercer sistema** sobre el que debemos actuar, nuestros procesos agrícolas y forestales enfrentan crecientes retos debido al rápido crecimiento poblacional y a otros usos de la tierra.

Se estima que para 2030, tendremos que alimentar a más de 8 mil millones de personas, y deberemos alimentarlas de mejor manera. Sin embargo, actualmente más de una cuarta parte de las tierras agrícolas se encuentran severamente degradadas, por lo que producen mucho menos alimentos de lo que deberían. Es menester, por tanto, incrementar la productividad agrícola al tiempo que protegemos y restauramos nuestras áreas naturales.

Debemos crear y financiar una nueva revolución verde que nos permita satisfacer la creciente demanda de alimentos al mismo tiempo que protegemos los hábitats naturales, especialmente nuestros bosques y selvas. Para detener la deforestación, será crucial ofrecer ingresos y alternativas a las familias de menores ingresos, particularmente a las comunidades indígenas que ahí habitan.

También en el tema de uso de suelo, Chile tiene avances significativos. El modelo de desarrollo forestal seguido a lo largo de ya varias décadas ha permitido crear empleos y aumentar sus exportaciones a la vez que se protegen los bosques naturales y se captura carbono.

En estos tres sistemas, nuestro margen de maniobra disminuye aceleradamente, pero al mismo tiempo, la velocidad del cambio tecnológico, el asombroso poder de la innovación y una creciente conciencia del problema nos ofrecen hoy más posibilidades que nunca para lograrlo. Una nueva generación empuja y exige que actuemos para proteger nuestro hogar común. Hoy, tenemos más razones para decirlo: debemos actuar ya.

Pero quiero subrayar que, aunque esto fuera suficiente para actuar con premura, no se trata únicamente de mitigar el cambio climático, se trata también de dar un renovado impulso al crecimiento económico. En efecto, una de las principales conclusiones del reporte de la Comisión Global para la Economía y el Clima es que la inversión y la productividad que la economía global necesita para superar la dinámica de bajo crecimiento en la que llevamos ya algunos años, puede venir, justamente, de la acción contra el cambio climático.

El reporte propone un Plan de Acción Global con recomendaciones específicas que buscan detonar tres grandes factores de crecimiento económico: la productividad de los recursos naturales, la inversión en infraestructura, y la innovación.

Primero, al ser claros y explícitos sobre el verdadero valor de los recursos naturales, por ejemplo eliminando los subsidios a los combustibles fósiles, podemos incrementar su productividad. En el mundo se discute ampliamente sobre la productividad del trabajo y del capital, y con mucha razón. Sin embargo, es vital empezar a hablar también sobre la productividad de los recursos naturales. Al usarlos más inteligentemente podemos detonar mayor crecimiento.

Segundo, debemos invertir en infraestructura baja en carbono. Estimamos que, pase lo que pase, durante los próximos 15 años el mundo invertirá alrededor de 90 billones de dólares en infraestructura para las ciudades, el sector energético y el uso de la tierra. Calculamos también que, con un incremento marginal de sólo 4.5 por ciento sobre ese monto, podríamos hacer que esas inversiones sean en infraestructura baja en carbono. La forma en la que destinemos esa inversión determinará si quedamos atrapados en un futuro intensivo en carbono o si somos capaces de seguir una senda sustentable. La elección es nuestra. Lo que propone el reporte “Mejor Crecimiento Mejor Clima” es que si ya vamos a invertir esta enorme cantidad de recursos, se haga de la manera correcta: invirtiendo en energía renovable en lugar de carbón, como ya se está haciendo en el Atacama; invirtiendo en transporte público y no privado; invirtiendo en la regeneración de la tierra degradada en lugar de deforestar bosques y selvas.

Por último, la innovación ha sido un factor de crecimiento y desarrollo a lo largo de la historia de la humanidad. De hecho es una parte fundamental del progreso y supervivencia de todas las especies. Los avances en la tecnología detonaron la era del bronce, la del hierro y la revolución industrial y estamos convencidos que la tecnología puede llevarnos a una nueva revolución, esta vez, a una economía baja en carbono. Con señales claras y contundentes de políticas públicas correctas podemos alcanzarla.

Las señales de políticas públicas claras y consistentes ofrecen la certidumbre en el mediano y largo plazos que necesitan las empresas para actuar ahora. La incertidumbre actual y la falta de decisión de algunos gobiernos y congresos alrededor del mundo impiden que el sector privado invierta en el sentido correcto. La falta de voluntad política está elevando los costos y reduciendo la magnitud que estos cambios requieren. Es indispensable que los líderes emitan señales claras para que se abandone, de una vez por todas, la estrategia de esperar y ver. Si implementamos las recomendaciones del reporte, habrá importantes beneficios y oportunidades de negocio para los pioneros.

Para mí, estimadas y estimados amigos, es claro que hemos llegado al límite. Todos y especialmente quienes hemos sido formados en el pensamiento humanista tenemos una gran responsabilidad para proteger nuestro hogar común. Es imprescindible que cobremos consciencia de la importancia de actuar aquí y ahora, y es fundamental que sembremos esa misma consciencia en quienes nos rodean, sólo así podremos garantizar un mejor futuro para la humanidad y sólo así podremos ejercer cabalmente nuestra responsabilidad frente a un desarrollo humano sustentable: preservar la naturaleza para el bien de la humanidad en la actualidad y para el bien de nuestros hijos y de las generaciones por venir.

Debemos trabajar unidos para que esta maravillosa obra de la creación, que es nuestro planeta, sea una obra que perdure para siempre.

Muchas gracias a todos.